

# La Guerra de Castas revisitada

**BEATRIZ ESPEJO**

Hernán Lara Zavala,  
*Península, península*,  
Alfaguara, México, 2008.

Al empezar esta novela encontramos un epígrafe de Jorge Luis Borges: “Cuatro son las historias. Durante el tiempo que nos quede seguiremos narrándolas, transformándolas”. Se refiere al hecho de que los escritores recrean el amor, la ambición, los celos, las contiendas, penalidades y alegrías de los hombres sobre la tierra y que finalmente el reto está en el empeño de seguir reconstruyéndolos, cada uno a su manera. Nadie, que entienda su difícil arte, lo niega. Y Hernán Lara Zavala menos que nadie, puesto que eligió estas frases como entrada para emprender una obra de gran aliento, *Península, península*.

Más que en el estilo demasiado cuidado, se apoyó en la arquitectura novelística. Implicaba una tarea apabullante anunciada desde el primer párrafo, que habla de la superficie pedregosa bajo la cual están los ríos subterráneos, cenotes como tinas de baños místicos guardados en la espesura y característicos de un país (en el sentido clásico del término) tan singular que no se parece a ningún otro. Algunas de estas notas iniciales tienen ecos del *Chilam Balam*; pero se trata de homenajes pasajeros, sustratos que no pueden olvidarse. La voz del narrador surge desde el primer momento, invoca a las musas emulando antecesores del XIX y, buen alquimista, anuncia en esos párrafos que usará muchos recursos, incluso el de confundir su

propia voz con la de Justo Sierra O'Reilly, testigo y personaje de lo aquí contado, quien aparece bajo el nombre de José Turrisa. ¿O se trata más bien de un desdoblamiento? Por momentos ambas voces se confunden; en ocasiones, cada una cobra su timbre, se unen y separan. Y al separarse, una cámara cinematográfica, operada por Hernán con la intención de no omitir elementos visuales imprescindibles, panea sobre los lugares donde principalmente se desarrollará la acción: Mérida la capital, Campeche el puerto, Valladolid cabecera de oriente, Izamal y Tekax. Luego los novelistas de antes y de ahora se concentran en lo que intentan acreditar. Uno moja su manguillo comprado en Veracruz; el segundo ordena los diez años de investigaciones que le llevó adentrarse en un tiempo pasado, juntar datos, describir vestimentas, peinados, carruajes, calles que aún convergen en la plaza. Calles que para ser identificadas tienen figuras en lo alto de las esquinas, a manera de pictogramas, porque la mayoría de la población de la península yucateca no sabe leer. Junto al obispado, está la sobria catedral hablando un lenguaje dirigido al corazón de los habitantes. Una catedral plateresca que nos ha servido desde muchas generaciones atrás como punto de referencia en nuestros recorridos y andanzas, la portada terrible de la casa Montejo diseñada con toda la soberbia que los hombres cargan a cuestas, ostentando relieves de capitanes españoles aferrados al puño de sus

espadas y parados sobre las cabezas decapitadas de guerreros mayas. Pórtico asombroso y casi indescifrable porque resume en unos cuantos trazos el misterio de la Conquista.

Mérida es blanca y azul adornada con nubes suntuosas, de vías paralelas trazadas al estilo de las primitivas metrópolis, con casas amplias que guardan en su interior patios enormes. Ciudad de siestas tropicales en hamacas, de sol reverberante contra las fachadas, de placidez aparente y suculencias culinarias fraguadas al calor de las diligentes cocinas; pero todavía resulta sobrecoedor que poco después de donde terminan las construcciones de piedra empiece otra ciudad donde se hacinan chozas hechas de carrizos cubiertas con hojas de palma. Y es difícil imaginarlo a mediados del siglo XIX, cuando los contrastes eran todavía más tremendos.

El relato de Hernán se inicia en un gran baile verde porque las mujeres visten rasos de ese color y los hombres corbatas escogidas a juego. Ocurre en una mansión suntuosa en el Paseo de la Alameda que la gente llamaba “de las bonitas” y que hoy sólo unos cuantos ubican. El anfitrión es Enrique Cámara Peón, quien a la menor oportunidad se ufana de no tener ni una gota de sangre india, con papales que lo probarían de ser necesario. Alardea de una supuesta aristocracia; pero Lara Zavala afirma que en Yucatán “no existe tal aristocracia. Ese rango lo ocuparán las antiguas familias descendientes de encomenderos dueños de las mejores haciendas, con el mayor número de trabajadores. Destacaban también los altos cargos del ejército, los dignatarios de la iglesia y los políticos importantes”. Desde ahí asoma una punta del conflicto que marcará las 464 páginas de la novela y que desde el primer capítulo, entre los asistentes a la fiesta, señala a personajes importantes para la trama, históricos o inventados. Protagonistas de las esferas



dominantes entre los que no podía faltar el indispensable cura con alzacuellos y el inefable arzobispo de la diócesis que abarcaba Cozumel y Tabasco, don Celestino Enésimo Arriagunaga, quien a medida que avanzan los acontecimientos se vuelve más importante y polifacético. La atmósfera captada admirablemente rescata guiños y sonrisas, cuchicheos, grupos de jóvenes que pueblan los corredores bajo las arcadas, la orquesta respetando los descansos y las señoritas anotando sus carnets colgados de la muñeca. Y tras esa cortina amable se tejen enredos y discrepancias entre Miguel Barbachano, que al renunciar a su cargo de gobernador saldrá hacia La Habana acompañado de su familia, y Santiago Méndez, gobernador de Campeche. En realidad, las cartas fuertes de lo que ocurre y ocurrirá. Los diálogos de ambos marcan posturas opuestas y coincidentes. Son concisos y esclarecedores y suenan a falsa despedida. En la madrugada, un cortejo de calesas con sus cocheros envueltos en capotes acompaña a su líder hasta Sisal, donde está fondeado el barco destinado a expatriarlo brevemente. Las palabras se oyen, se huelen, se ven, y el lector poco informado no advierte aún lo que los historiados saben, una conjura latente, un conflicto de importancia. Los indígenas maltratados, que habían recibido rifles para pelear contra Santa Anna y el centralismo, no sólo se niegan a devolverlos sino que han comprado más con la complicidad de los ingleses en Belice. Se organizan. ¿Por

qué no iban a organizarse y protestar después de tanta explotación y racismo?

¿Se trata pues de una novela histórica? ¿Costumbrista? ¿De una novela por entregas con tono epopéyico? De todo junto. El mismo Hernán acude en busca de Aristóteles para decirnos que la literatura cuenta los hechos como pudieron suceder. Intenta servirse de la imaginación y de la memoria para abordar la Guerra de Castas, el último esfuerzo de los mayas por recobrar su libertad y la hegemonía de su territorio. Las autoridades del estado, segregado entonces de la República Mexicana, notaron que multitud de campesinos provistos con alimentos y armamento se reunían en la hacienda Culumpich, situada a cuarenta kilómetros de Valladolid, propiedad de Jacinto Pat. Este cacique se había unido con los de Tepich y Chichimelá, Cecilio Chi y Manuel Antonio Ay, para propiciar una sublevación general. El tercero fue detenido y ajusticiado el 26 de julio de 1847. Y por no haber encarcelado a los dos jefes restantes, las fuerzas del gobierno incendiaron Tepich sin permitir que ancianos, mujeres y niños se salvaran. Al día siguiente los hombres de Chi mataron a todos los blancos, mestizos y mulatos de la localidad. Y luego vino la toma de Valladolid. El exterminio presagiaba por ambos bandos las peores atrocidades de las que se cometieron en esa época álgida, una revuelta que duró alrededor de cincuenta y cinco años hasta 1937 ó 1939, según se entienda, no obstante las intervenciones de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto, asesinado en 1924 durante su reforma hacendaria.

Un novelista es un fotógrafo selectivo y Hernán Lara Zavala elige los momentos más significativos de la lucha y las figuras más prominentes, las destacables. Pero todavía así acomete empresas complicadísimas que otros escritores han librado con menos éxito por la misma complejidad del asunto, que terminó dividiendo a la península en estados y propiciando la intervención inglesa. Puso al descubierto una serie de atrocidades ya conocidas. A los indígenas se les despojaba de su condición de ciudadanos, se traficaba con ellos como mano de obra esclavizada que se mandaba a Cuba para trabajar en la caña de azúcar, se les cargaba de impuestos y contribuciones y se les condenaba a no usar sino machetes o hachas porque, se decía, habían dado muestras de su ineptitud para ejercer sus derechos y obligaciones ciudadanas por entregarse frecuentemente a extravíos, mismos que intentaban reprimirse enérgicamente. “A los peones de las haciendas yucatecas, a pesar de que supuestamente eran libres, se les consideraba parte de la propiedad en la que nacían y donde generalmente morían”. La respuesta cobró características bíblicas. Ese mar de fondo abismal se ha llevado ríos de tinta —a pesar de la frase hecha—, existen pinturas y grabados ilustrando las sublevaciones y hay numerosas fuentes que la recogen, como la *Enciclopedia Yucatanense* (1947); la *Historia de Yucatán* de Eligio Ancona; el *Ensayo histórico de 1840 hasta 1964*, de Serapio Baqueiro; *Origen social y económico de la Guerra de Castas* de Héctor Pérez Martínez, con un prólogo del diario de *Nuestro viaje a Estados Unidos* de Justo Sierra O'Reilly (1938), y otros más antiguos que el propio Hernán se encargó de citar y puso en manos de uno de los caudillos de la insurrección. Y como sucede en los conflictos bélicos, hubo acciones sucias e innombrables. Se tuvieron en cuenta para ir las mostrando al sesgo y a medida que avanzaba la acción, a pesar del esfuerzo que

requerían los variados recursos que puede emplear el novelista moderno.

Tres capítulos sucesivos se ocupan de actores importantes. Gracias a ellos se completa el panorama, se ven las cosas como debieron suceder, y se prestan éstas a retratos veraces. El arzobispo, rey de su propio mundo, goloso, bien atendido por sus sirvientas, con un pasado adolescente abusivo que su madre se encargó de disimular, respetado por su diócesis y viviendo con las ventajas de su investidura. La señorita Bell, institutriz de los hijos de un hacendado empeñada en llevar un diario que reconstruyera sus vivencias, como lo hizo admirablemente la Marquesa Calderón de la Barca. Apunta la historia del país desde la llegada de los españoles y sirve para conformar a una heroína romántica, emparentada con los viajeros de la época y ávida de anotar cuanto se le presenta, desde celebraciones y comidas a su juicio exóticas hasta fiestas tradicionales. Su misión es tender hilos amarrando el asunto. Y el entrañable doctor Fitzpatrick, comido por el alcohol, el paludismo, el desencanto, que no deja de cuidar a sus semejantes a pesar del desprecio que siente por ellos, intenta aliviarlos con su ciencia y sólo tiene un cariño indisoluble con su perrito Pompeyo, adoptado casi a la fuerza, que lo acompaña a sus consultas cargándole en el hocico un maletín de médico.

Hay numerosos protagonistas más: Genaro Montoro y su mujer, las solteronas infaltables, los hijos ilegítimos en el papel de administradores honrados, las damas silenciosas transitando espacios llenos de música, las esposas humilladas, los comerciantes sacrificados por la turba, la multitud convertida en masa agitada, los muertos sin culpa y sin mancha. Y por supuesto, los caciques. El más rijoso e interesante, Cecilio Chi, asesinado por su secretario enamorado de su amante, suceso que no se describe pero que suaviza la situación como si ese crimen resultara un nudo gordia-



no climático, un milagro inesperado que permitirá nadar en aguas turbulentas a políticos casi ahogados.

Tres cosas me parecen muy destacables: la manera como se describen los hechos bélicos, verdaderas masacres que cobran impactante movimiento convertidas en una sinfonía de horror; la pericia para tender nexos, como los tiende la vida, que conciertan los sucesos, y la pasión que Hernán Lara Zavala siente por las tierras de sus padres y abuelos. Lo manifiesta en mil modos de los que no deben obviarse las horas invertidas en bibliotecas, la inclusión de términos mayas o del habla popular con su sello distintivo, la pintura del paisaje, el empeño por rescatar infinidad de minucias que conforman una época, la voluntad de entender lo sucedido con un punto de vista original y artístico. Y eso lo convierte en uno de nuestros escritores contemporáneos importantes y bien dotados. ~

